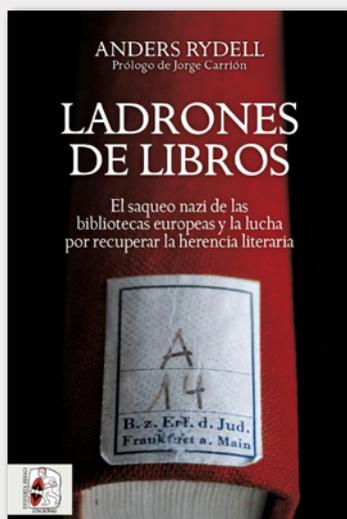


Deshumanizar a través de la cultura

Mientras Berlín se iluminaba fantasmagóricamente con las piras donde ardían libros prohibidos, los nazis llevaban a cabo un crimen cultural de proporciones aún mayores, un sistemático saqueo de bibliotecas sin precedentes en la historia con la intención dotar al Reich de armas ideológicas contra los enemigos del nacional-socialismo al tiempo que se privaba a estos de su herencia cultural.



Ladrones de libros
978-84-122212-4-4
376 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 25,95 €

Los anaqueles de judíos, comunistas, políticos liberales, activistas por los derechos LGTB, católicos, masones y de cualquiera que entrara en la larga lista de enemigos del régimen, fueron expoliados y las obras que contenían esgrimidas como armas intelectuales contra sus dueños. Un saqueo sistemático de bibliotecas públicas y privadas y de librerías que, a lo largo y ancho de la Europa ocupada, llevaron a cabo las tropas alemanas en despiadada competencia entre las distintas organizaciones del Reich, y que por fin queda documentado gracias a la pormenorizada investigación de Anders Rydell. Pero, en paralelo, *Ladrones de libros* es la historia cuasi detectivesca de cómo un heroico puñado de bibliotecarios, y con ellos el propio autor, han emprendido la tarea de devolver estos libros a sus dueños legítimos. Para ello, han peinado las bibliotecas públicas de Berlín con el fin de tratar de identificar los volúmenes robados y han intentado dar con los familiares de aquellos que fueron despojados. En muchos casos, estos libros son el único objeto que los descendientes de víctimas del Holocausto podrán tener entre las manos como un recuerdo. La Segunda Guerra Mundial fue también un conflicto cultural y el estudio y refutación de toda la literatura «degenerada» que los nazis expoliaron pretendía justificar el deseo de Alemania de dominar el mundo y derrotar a sus enemigos con la «ciencia», así como sentar las bases intelectuales sobre las que descansaría el Reich de los mil años. Un Reich que se levantaría no solo sobre sangre y piedra, sino también sobre palabras.

**Ganador del Foundation Bengt Janson's Memorial Fund Prize Sweden
Finalista del Kirkus Prize (no ficción)**



Anders Rydell es un reconocido periodista, editor y autor de no ficción sueco. Exjefe de cultura de un importante grupo de medios sueco, ha publicado varios libros en su carrera como autor; entre ellos, de *Ladrones de libros*, que junto con la aclamada *The Looters* analiza el saqueo cultural durante la Segunda Guerra Mundial. Su trabajo ha sido galardonado con varios premios, entre ellos, Region Uppsala's Culture Scholarship Sweden, Micael Bindefeld's Foundation Scholarship Sweden, Wallquist Prize Sweden, The Foundation Bengt Janson's Memorial Fund Prize Sweden, y ha sido finalista del August Prize Sweden-Plundrarna.

En librerías el **miércoles 31 de agosto**. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y aquí para consultar nuestro [Catálogo de publicaciones](#).

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE LADRONES DE LIBROS

«Podemos ver las luces y las sombras, los esfuerzos de las víctimas y el poder apisonador de los victimarios, con los libros como campo de batalla y como tierra arrasada y como constelación superviviente»

Del prólogo de Jorge Carrión

«Un escalofriante recordatorio del retorcido poder de Hitler».
BBC

«La narración de Rydell es una fascinante combinación de historia intelectual, historia detectivesca y “activismo de restitución” que no puede sino inspirar a los lectores».
LA Review of Books

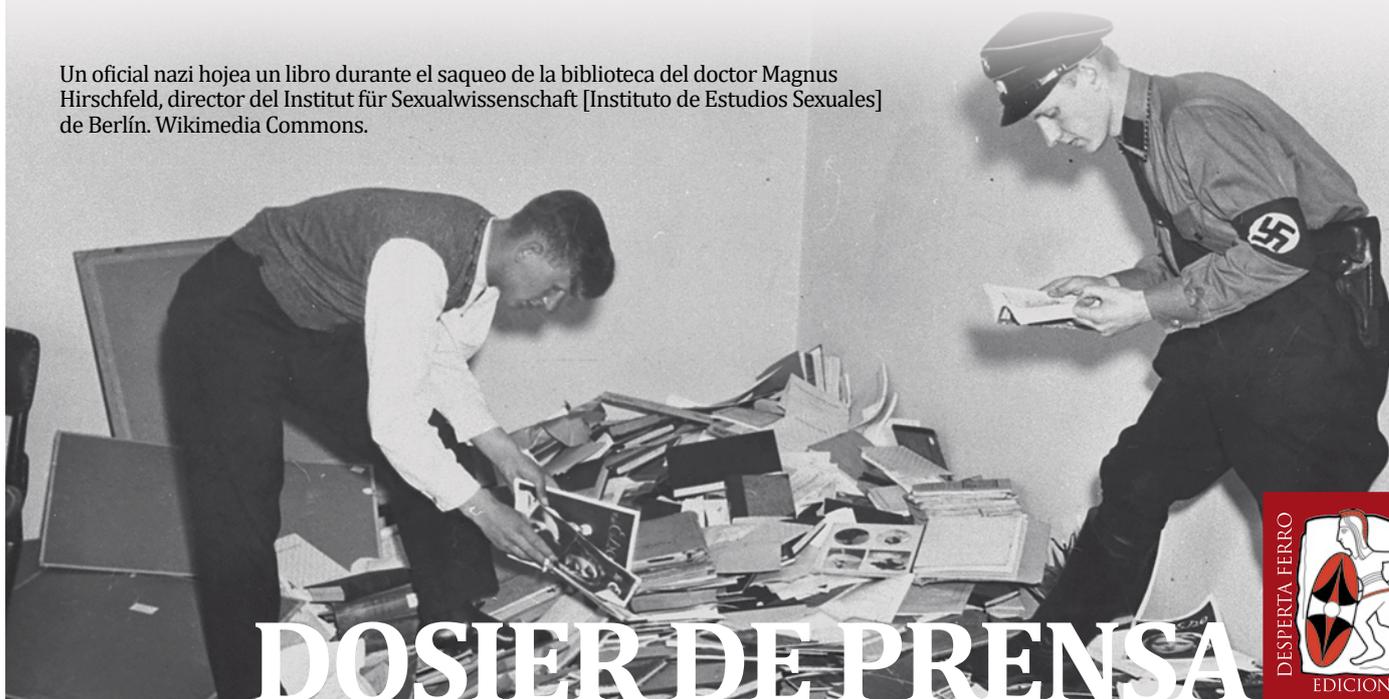
«Fácil de leer y un relato fascinante, el libro merece una gran cantidad de lectores».
Jack Fischel, *The Jewish Book Council*

«Un libro de lo más valioso»
Christian Science Monitor

«Una historia con capacidad aún de sobresaltarnos y sorprendernos y de la que, a medida que los investigadores hacen nuevas preguntas y siguen nuevas pistas, nuevas revelaciones todavía son posibles [...] La pasión de Rydell por el tema es innegable. En su tarea como mensajero, logra transmitir el poder emocional con la devolución de un solo libro a un descendiente agradecido que ha perdido mucho más».
The Chicaco Tribune

«Una erudita exploración del saqueo sistemático de bibliotecas y colecciones de libros por parte de los invasores nazis. Saquear libros de propietarios, colecciones y bibliotecas, principalmente judías, fue una forma efectiva de robar la memoria y la historia judías, como lo atestigua este minucioso trabajo de investigación del periodista y editor sueco Rydell [...] Un viaje apasionante e inquietante tanto para bibliófilos como para historiadores de la Segunda Guerra Mundial».
Kirkus Reviews

Un oficial nazi hojea un libro durante el saqueo de la biblioteca del doctor Magnus Hirschfeld, director del Institut für Sexualwissenschaft [Instituto de Estudios Sexuales] de Berlín. Wikimedia Commons.



DOSIER DE PRENSA



© Natanael Johansson

ENTREVISTA A ANDERS RYDELL

Entrevistamos a **Anders Rydell**, reconocido periodista, editor y autor de no ficción sueco. Exjefe de cultura de un importante grupo de medios sueco, ha publicado varios libros en su carrera como autor, entre ellos, de *Ladrones de libros. El saqueo nazi de las bibliotecas europeas y la lucha por recuperar la herencia literaria*, que junto con la aclamada *The Looters* analiza el saqueo cultural durante la Segunda Guerra Mundial. Su trabajo ha sido galardonado con varios premios, entre ellos, Region Uppsala's Culture Scholarship Sweden (2019), Micael Bindefeld's Foundation Scholarship (in memory of the Holocaust) Sweden (2019), Wallquist Prize Sweden (2018), The Foundation Bengt Janson's Memorial Fund Prize Sweden (2018), así como ha sido finalista del August Prize Sweden-Plundrarna (2014).

Uno de los puntos fuertes de *Ladrones de libros* es que, bajo la trama principal, subyace una profunda reflexión sobre la "dicotomía Weimar-Buchenwald": ¿cómo una sociedad ilustrada como la alemana pudo dar a luz los horrores del nazismo?

Ese es uno de los temas principales que trato en el libro. Y creo que la respuesta a eso no siempre es de nuestro agrado. En el Occidente de hoy día, en el que vivimos en sociedades democráticas arraigadas,

«La cultura puede ser un arma extremadamente poderosa, puede usarse para difundir el odio o ideas horribles».

tendemos a ver la cultura solo como una fuerza para el bien. La cultura nos hace felices e inteligentes, nos hace civilizados. Algunos incluso dirían que nuestra vida cultural es una parte central de la democracia. Pienso, lo que también muestra mi libro, que es una visión estrecha de la cultura. El arte, la literatura y la música pueden hacernos mejores personas, pero también puede ser al revés. La cultura puede ser un arma extremadamente poderosa, puede usarse para difundir el odio o ideas horribles. Y el problema es que se puede hacer con "buen" arte. No pocos de nuestros "grandes artistas", escritores, pintores y músicos del siglo XX coquetearon con el fascismo de una forma u otra.

En este sentido, *Ladrones de libros* es también una reflexión sobre el choque entre el nacionalismo alemán y su proyección cultural en el romanticismo, y los ideales de la Ilustración. ¿Cree que este choque está en el centro de la tragedia alemana del siglo XX? La figura de Goethe de alguna manera persiste en todo el libro, como epítome de este conflicto y como personaje instrumentalizado en las guerras culturales alemanas.

El romanticismo tuvo su parte por su rechazo a los ideales de la Ilustración. Para el fascismo, el sentimiento romántico del sentimiento, la estética y la fuerza

DOSIER DE PRENSA



sobre el racionalismo eran esenciales. Pero no es tan fácil. Los nazis tomaron lo que necesitaban de diferentes fuentes: Roma, el romanticismo, el darwinismo o el fascismo italiano. Se inspiraron en personas como Goethe, Wagner y Nietzsche, pero solo usaron lo que podía encajar en su ideología retorcida. Goethe fue particularmente instrumentalizado de esta manera, como muestro en mi libro. Pero no solo por el nazismo, Goethe también fue utilizado por la república de Weimar, que fue bautizada en un sentido metafórico con el nombre de su ciudad natal como forma de celebrar sus ideales. Durante la década de 1930, Goethe fue incorporado a la ideología nazi: se convirtió en nacionalista y antisemita. Asimismo, después de la guerra fue igualmente instrumentalizado por los comunistas de la República Democrática Alemana, quienes lo ensalzaron como uno de los primeros socialistas. Lo más extraño sin embargo resultó ser que fue la misma persona, Hans Wahl, quien transformó a Goethe a lo largo de estos distintos periodos.

La quema de libros es un símbolo de la arremetida nazi contra lo que consideraban opositores culturales, ya fueran judíos, masones, izquierdistas... Pero como usted muestra, la quema de la "literatura degenerada", aunque bastante elocuente, palidece cuando consideras el saqueo de bibliotecas enteras. ¿Por qué se apoderaron de tantos miles de libros? ¿Cuáles eran sus objetivos?

Tenían muchos objetivos con el saqueo de libros. En primer lugar, era un arma: privar a sus enemigos de sus libros, sus bibliotecas, archivos y conocimientos es una forma de quebrantar su espíritu y privarlos de la civilización, en cierto sentido, de su humanidad. Robar las bibliotecas era una forma de quebrantar su resistencia intelectual. Debes recordar que tanto los alemanes, la principal nación intelectual antes de 1933, como los judíos eran conocidos como el "pueblo del libro". Los libros y la educación eran capitales en ambas culturas, por lo que también se convirtió en un campo de batalla.

El saqueo de libros también tenía un propósito mayor para los nazis. Con el tiempo, querían reescribir la historia, cambiar la narrativa global: cómo vemos la historia occidental desde Roma hasta hoy. Para ellos la historia era una lucha entre razas, especialmente entre alemanes y judíos. Si eres dueño de las palabras de tus enemigos, de sus libros y de sus archivos, también tienes el poder de reescribir su historia.

«Privar a sus enemigos de sus libros, sus bibliotecas, archivos y conocimientos es una forma de quebrantar su espíritu y privarlos de la civilización, en cierto sentido, de su humanidad».

Es bastante interesante saber que, como en tantos otros aspectos del régimen nazi, hubo disputas internas para apoderarse de bibliotecas, en este caso entre Himmler y Rosenberg y sus respectivas organizaciones. Pero, como dices, incluso si codiciaban los mismos libros, los querían por diferentes razones. ¿Podría explicar sus objetivos?

Dentro del movimiento nazi había muchas ideas diferentes que existían al mismo tiempo y, a menudo, chocaban. Había nazis liberales, nazis modernos, pero también nazis más conservadores y, a veces, de una ideología casi religiosa. Tanto Rosenberg como Himmler eran ideólogos con diferentes visiones del futuro nazi. Himmler quería crear un estado dentro del Estado en torno a sus SS: se sentía atraído por lo místico y temas como la brujería, la alquimia y lo sobrenatural. Su organización saqueó una gran cantidad de este tipo de literatu-

ra, principalmente de las logias masónicas de Europa, con fines de investigación. De otra manera, la organización de Himmler también fue muy práctica, su tarea era lidiar con el enemigo del nazismo tanto interior como exterior. Para ello conformaron una gran biblioteca, "la biblioteca de sus enemigos", con el objetivo de estudiarlos y comprenderlos.

La visión de Alfred Rosenberg estaba más enfocada en el futuro de la ideología nazi y tenía la idea de que para construir un imperio que durara mil años necesitaban crear instituciones: universidades, escuelas e institutos que se erigieran alrededor de su ideología rígida. Quería crear un nuevo orden mundial y vio la educación y la investigación como elementos clave para conseguirlo.

Como muestras, los ideólogos nazis no eran meros salvajes, sino intelectuales que intentaban construir sus propios paradigmas científicos y culturales. Una pregunta que surge al leer *Ladrones de libros*, y que se vincula con la "dicotomía Weimar-Buchenwald", es precisamente si la cultura puede prevenir el fascismo y la intolerancia.

Creo que respondí esto en parte arriba, pero esa es una pregunta muy interesante. De alguna manera sí, y de alguna manera no. El nazismo tuvo entre sus mayores apoyos a profesores, estudiantes y maestros. La educación no parece ser una vacuna automática contra el fascismo y los ideales autoritarios. Es triste darse cuenta de eso, y creo que esa es la razón por la que a menudo nos gusta ver a los nazis como brutos sin educación. Es más fácil para nosotros percibirlos como bárbaros, pero no es toda la verdad.

Tu libro trata de libros, pero también e inseparablemente de las personas que los poseyeron, que los leyeron, que los cuidaron. ¿Cómo te sentiste al investigar sobre estas personas, cuyos destinos fueron tan trágicos? ¿Podemos entender *Ladrones de libros* también como un esfuerzo de remem-branza, que trata de restituir su memoria?

Ese era mi objetivo con el libro, no solo enfocarme en los perpetradores sino también en las víctimas. Pasé seis meses viajando en tren por Europa investigando y buscando libros y bibliotecas. Fue una experiencia triste, me sentí como si recorriera una civilización caduca. Las bibliotecas que fueron destruidas o desintegradas en mil pedazos alrededor del mundo parecían lugares embrujados. Las bibliotecas todavía estaban allí, pero las personas que las construyeron, las cuidaron y las visitaron hace mucho que desaparecieron, y con ellas su idioma. En algunos lugares, los libros eran lo único que quedaba de estas culturas y civilizaciones perdidas y, a menudo, exterminadas. Pero en algunos lugares, como Tesalónica, fue aún peor. Donde hace menos de un siglo existía una antigua y fantástica cultura sefardí, ahora no queda casi nada, ni siquiera las palabras.

La dimensión personal de su libro también es bastante relevante. Los bibliotecarios alemanes que trabajan en la restitución de los libros robados a sus legítimos herederos me parecen héroes, pero para muchos tal vez su lucha sea inútil y sin sentido: un libro barato que cualquiera puede encontrar en una librería de segunda mano no es un Van Gogh. ¿Cuál es tu opinión? ¿Por qué es tan importante este trabajo?

Cuando comencé a trabajar en este libro también me hice la misma pregunta. Entonces había escrito

«La justificación moral de la restitución nada tiene que ver con el valor monetario o artístico, sino con devolver la memoria y la historia».

un libro sobre el saqueo de obras de arte a menudo valoradas en millones de dólares. Pero cuando escribí *Ladrones de libros* realmente llegué a comprender de qué se trata realmente la restitución. La compen-

sación económica es solo una pequeña parte del problema, la justificación moral de la restitución nada tiene que ver con el valor monetario o artístico, sino con devolver la memoria y la historia. Y en esa búsqueda, un pequeño libro puede ser tan valioso como una gran obra maestra. No podemos cambiar

lo que pasó, no podemos reconstruir todo lo que se perdió, pero podemos devolver algunas cosas. Y un solo libro puede tener un valor tremendo para una comunidad, una familia, un pariente.

Usted mismo devolvió un libro robado a Christine Ellse, la heredera de un hombre asesinado en el Holocausto, Richard Kobrak. ¿Cómo fue esta experiencia? Supongo que todo tu trabajo tuvo aún más sentido en ese momento.

Fue un momento muy potente para los dos. Para mí fue el final de una búsqueda de varios años, para ella fue un momento extremadamente importante. No tenía nada de su abuelo, que murió en el Holocausto. Ni siquiera una tumba a la que ir. Para ella, en cierto modo, su abuelo era solo una historia del pasado. Este pequeño libro que le entregué le mostró por primera vez que él era real: tocó algo que había sido suyo. El libro se convirtió en una especie de tótem que la transportó en el tiempo y le permitió hacer las paces con su pasado.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos
Dramatis personae
Prólogo de Jorge Carrión
Introducción

CAPÍTULO 1

La llama que devora el mundo

CAPÍTULO 2

Fantasmas en la Berliner Stadtbibliothek

CAPÍTULO 3

El roble de Goethe

CAPÍTULO 4

La biblioteca de Himmler

CAPÍTULO 5

Un guerrero contra Jerusalén

CAPÍTULO 6

Consuelo para los sufrimientos de Israel

CAPÍTULO 7

La caza de los secretos de los masones

CAPÍTULO 8

Lenin trabajó aquí

CAPÍTULO 9

La biblioteca perdida

CAPÍTULO 10

Fragmentos de un pueblo

CAPÍTULO 11

La fosa común es una fábrica de papel

CAPÍTULO 12

La Unidad del Talmud

CAPÍTULO 13

«Estudios judíos sin judíos»

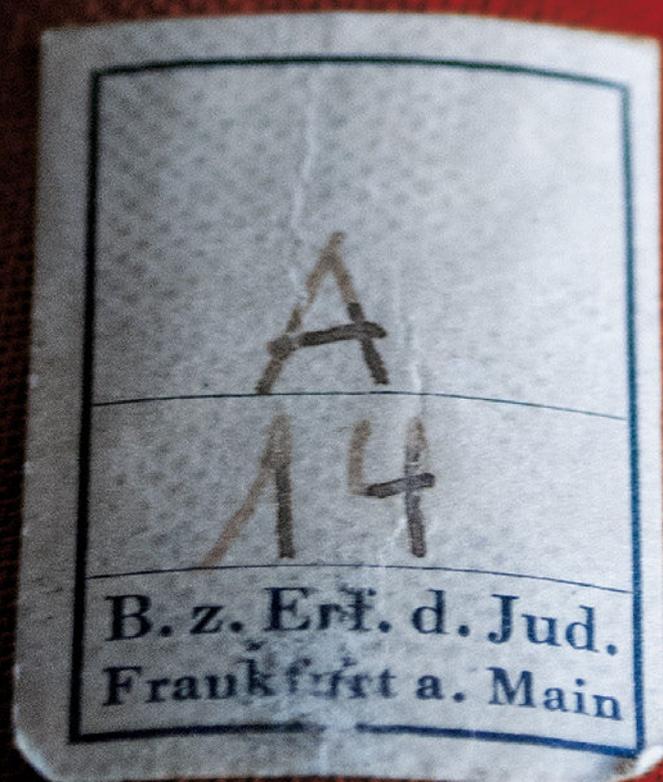
CAPÍTULO 14

Un vagón de zapatos

CAPÍTULO 15

Un libro vuelve a casa

Bibliografía
Índice analítico



DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

LA LLAMA QUE DEVORA EL MUNDO

La quema de libros estableció la reputación del régimen nazi como «bárbaros culturales» y se convirtió en el retrato de la destrucción intelectual de las décadas de 1930 y 1940, cuando el nazismo tomó el control de las manifestaciones lingüísticas, culturales y creativas del pueblo entero. Pero también puso de manifiesto que el genocidio nazi de sus enemigos no solo era físico, sino también cultural.

Mas el humo de las piras y su repercusión oculta otra cosa. La posteridad interpretó las quemadas de forma semejante a los propios nazis, que las consideraban espectáculos propagandísticos y rituales. Es una imagen demasiado tentadora, eficaz y simbólica como para no usarla y aplicarla al describir la historia. La quema de libros es una metáfora tan poderosa de la aniquilación cultural que eclipsó totalmente otra realidad más desagradable: que los nazis hicieron mucho más que destruir libros; también tenían una obsesión coleccionista fanática.

Mientras se enfriaban lentamente las brasas de las hogueras alemanas, en los círculos intelectuales e ideológicos del Partido Nazi comenzaba a trazarse un plan, uno que no perseguía la destrucción intelectual, cultural y literaria: sus intenciones eran mucho más peligrosas. En mayo de 1933 solo se quemaron unas cuantas decenas de miles de libros, pero las redadas organizadas por el partido confiscaron y saquearon muchísimos más, a menudo en secreto. Después de que los estudiantes vandalizaran el Institut für Sexualwissenschaft de Berlín, las SA confiscaron la mayor parte de la biblioteca del instituto, más de 10 000 volúmenes. Sin embargo, estos no terminaron en la Opernplatz, sino en la sede de las SA.

Los nazis no iban a aniquilar a sus enemigos erradicando la herencia literaria y cultural de comunistas, socialdemócratas, liberales, homosexuales, judíos, romaníes y eslavos. No eran los «bárbaros culturales» que parecían ser, ni tampoco eran antiintelectuales. Lo que pretendían era

crear una nueva intelectualidad que no estuviera basada en valores como el liberalismo y el humanismo, sino más bien en la nación y la raza. No estaban en contra de los profesores, investigadores, escritores y bibliotecarios; querían reclutarlos y formar un ejército de soldados, intelectuales e ideólogos que, con sus plumas, tesis y libros, lucharan contra los enemigos de Alemania y del nacionalsocialismo.

Inaugurado en Múnich en 1936, el Forschungsabteilung Judenfrage [Departamento para la Investigación acerca de la Cuestión Judía] era un instituto destinado a legitimar las políticas antisemitas del régimen. Se trataba de una rama del Reichsinstitut für die Geschichte des neuen Deutschland [Instituto Nacional para la Historia de la Nueva Alemania] del historiador nazi Walter Frank. El instituto pretendía justificar el deseo de Alemania de dominar el mundo y derrotar a sus enemigos con la «ciencia», sentando las bases intelectuales sobre las que descansaría el Tercer Reich durante mil años. Así como el Imperio romano, modelo del nacionalsocialismo, no solo contaba con ejércitos y arquitectos, sino también con historiadores y poetas, el Reich de los Mil Años se levantaría con sangre y piedra, pero también con palabras.

Y en esta guerra, los libros no serían las víctimas, sino las armas. Los nazis querían derrotar a sus enemigos ideológicamente, además de en el campo de batalla: esa victoria perduraría mucho después de la muerte, de los genocidios y el Holocausto, no solo como destrucción, sino como justificación de sus actos. Los nazis no aspiraban a la permanencia mediante el exterminio de la herencia literaria y cultural de sus adversarios; deseaban robarla, apropiársela y retorcerla, hacer que las bibliotecas y archivos, herencia y memoria, se volvieran contra sus dueños y poder escribir, ellos, la historia de sus enemigos. Esa fue la idea que suscitó el expolio de libros más grande del mundo.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 4

LA BIBLIOTECA DE HIMMLER

Los libros que hay sobre la mesa son fragmentos individuales, el comienzo de una historia de ambición que acabó desembocando en el robo más grandioso de libros del mundo entero. Tal vez se puedan considerar restos arqueológicos del plan, que partió de los institutos de investigación y las escuelas de élite y se convirtió en una guerra ideológica llevada a cabo por la policía secreta. Son «restos tempranos» porque estos sellos representan los primeros intentos del régimen de establecer un programa ideológico de adquisición de conocimientos, no solo para estudiar a sus enemigos, sino también para construir una nueva cultura, investigación y educación basada en la ideología del Tercer Reich.

Con el paso del tiempo, estos esfuerzos se expandieron y fueron reemplazados por proyectos cada vez más considerables y ambiciosos, a medida que el Tercer Reich comenzaba a triunfar rápidamente. La característica común era la obsesión frenética de recoger y apropiarse del conocimiento. Los volúmenes de la mesa son restos, partes de una serie de nuevas bibliotecas que el régimen nazi comenzó a construir a principios de la década de 1930.

Según Stephan Kellner, hoy sigue siendo un misterio cómo se reunió esta colección de libros de organizaciones totalmente distintas y cómo acabó en la Bayerische Staatsbibliothek. Lo más probable es que los aliados occidentales confiscaran los ejemplares a un elevado número de instituciones, autoridades y organizaciones del Tercer Reich y que muchos se llevaran a Estados Unidos, mientras que otros se entregaron a bibliotecas alemanas para reconstruir las colecciones destruidas durante la guerra.

«Vemos muchos sellos en esta colección, de diferentes organizaciones del Tercer Reich. Hubo constantes conflictos y rivalidad por estos libros. La construcción de una biblioteca propia se convirtió en una especie de indicador de estatus en el movimiento nazi. Coleccionar libros era una manía. La base era la ideología totalitaria, el deseo de controlar todos los aspectos de la vida de los ciudadanos. Lo mismo sucedió con las ciencias, donde se intentaron



Libro con el sello de la Bayerische Politische Polizei [Policía Política de Baviera], dirigida por Heinrich Himmler desde 1933. Esta policía secreta de Baviera sirvió de modelo para el terror que extendió Himmler durante la década de 1930.

redefinir todas las áreas. Todo tenía que ser nacionalsocialista. Todo, en todas partes. No solo se esforzaron por sustituir los antiguos sistemas por los suyos propios; también querían crear estructuras y sistemas completamente nuevos. No bastaba con “nazificar” una universidad tradicional. Tenían que fundar una nueva, en un nuevo edificio, con un nuevo nombre y enseñar una nueva ideología», me dice Stephan Kellner y continúa hablando del significado de *Mein Kampf* en la sociedad alemana. «Esta necesidad de reemplazarlo todo, de hacer todo desde cero, tenía algunos aspectos casi religiosos. Las parejas que se casaban antes recibían una Biblia de regalo. Después les daban una copia de *Mein Kampf*. Es un ejemplo de lo lejos que estaban dispuestos a llegar».

Los libros sellados son una clara expresión de este impulso totalitario. Me llama mucho la atención el sello de la BPP (Bayerische Politische Polizei [Policía Política de Baviera]) en un estudio antropológico del cuidado de los niños entre los pueblos indígenas, que sugiere que las fuerzas de seguridad tenían ambiciones más allá del mero estudio de los comunistas y los grupos políticamente subversivos. De hecho, esta entidad de la policía política fue uno de los primeros elementos constituyentes del cuerpo que llevó la filosofía totalitaria más lejos que nadie: las Schutzstaffel, abreviado como las SS.

CAPÍTULO 5

UN GUERRERO CONTRA JERUSALÉN

Es probable que Hitler conociera *Los protocolos de los sabios de Sion* a través de Rosenberg o Eckart. El texto fue una auténtica piedra de toque para Hitler al igual que lo había sido para Rosenberg unos años antes. Poco después, pronunció su primer discurso acerca de la conspiración judeo-bolchevique en una de las cervecerías de la ciudad.

La idea de una conspiración tenía en aquel momento una enorme fuerza. No solo la extrema derecha consideraba la Revolución rusa y el movimiento obrero revolucionario internacional como una amenaza; de hecho, fue un auténtico terremoto que hizo temblar a la burguesía. Al vincular el movimiento revolucionario con una conspiración judía en lugar de como expresión de las clases trabajadoras que exigían un cambio social y económico, los nazis obtuvieron una legitimidad que llegó mucho más lejos de sus exiguos círculos.

Adolf Hitler, finalmente, nombró a Rosenberg editor en jefe del periódico del partido, el *Völkischer Beobachter*, cargo que ocupó hasta 1937.

Rosenberg, que había encontrado la misión de su vida, se sumergió en los círculos de la extrema derecha de Múnich con una productividad fanática. Durante la década de 1920 escribió una auténtica avalancha de ensayos, antologías y libros, la mayoría en torno a un único tema: los judíos. Entre ellos se encontraba *Die Protokolle der Weisen von Zion und die jüdische Weltpolitik*, una edición comentada de *Los protocolos de los sabios de Sion*. No era la primera edición en alemán, pero el libro de Rosenberg se vendió muy bien y se reimprimió tres veces en solo un año. Dos años después, Adolf Hitler lo usó de base para sus ataques antisemitas en *Mein Kampf*. Ya se había denunciado que el texto original era un fraude, pero Hitler declaró que se trataba de propaganda judía: «Lo esencial es que no importa en absoluto saber de qué cabeza judía proceden estas revelaciones. Lo decisivo es que muestran con una certeza sinceramente aterradora la naturaleza y actividad del pueblo judío, muestran su funcionamiento interno y apuntan cuál es su objetivo final». Joseph Goebbels, que estaba convencido de que *Los protocolos* era una falsificación, optó por un enfoque pragmático, común en el movi-

miento: declaró en sus diarios que creía en «la verdad innata pero no factual de *Los protocolos*».

En 1930 apareció el libro que consolidó la posición de Alfred Rosenberg como principal ideólogo del nazismo: *El mito del siglo XX*. Rosenberg, al igual que lo intentó Houston Stewart Chamberlain unas décadas antes, quería construir una filosofía para su propia época. Pero también intentaba resolver un problema.

El nacionalsocialismo carecía de un fundamento filosófico real. Los nazis no tenían un Karl Marx ni un «texto sagrado» en el que basarse. Es cierto que a *Mein Kampf* se le había concedido un estatus casi bíblico en la Alemania nazi, pero, a diferencia de Marx y Engels, Hitler no había creado un sistema filosófico fundamental o atemporal que pudiera aplicarse cincuenta o cien años después de su muerte. A Hitler le gustaba hablar del Reich de los Mil Años, pero en *Mein Kampf* se ocupaba de los asuntos cotidianos: la República de Weimar, los judíos, el Tratado de Versalles, los bolcheviques y la expansión hacia el este: desafíos políticos que podía resolver mientras viviera. Pero ¿qué pasaría después? Rosenberg quería llenar este vacío.

El mito del siglo XX no tuvo el mismo impacto político que *Mein Kampf*; era un libro complejo, con un lenguaje altisonante y, en muchos sentidos, tan «espantosamente complicado» como su autor, en palabras de Hitler. Sin embargo, se basaba en una cuestión casi elemental por su simpleza: la eterna batalla entre el bien (los arios) y el mal (los judíos). Dicha batalla se extendía como una línea divisoria a lo largo de la historia occidental. Rosenberg no se alejó mucho de Chamberlain; la única diferencia era que empleaba el mito racial desde la perspectiva política.

Rosenberg no quería establecer los fundamentos de una nueva filosofía, sino más bien una nueva religión. El lenguaje solemne del libro, que emulaba el Antiguo Testamento, era un recurso deliberado. Buscaba un aire de profecía y encuadraba en un marco místico la teoría de la raza: «Hoy despierta una nueva fe: el mito de la sangre, la fe de que con la sangre se defiende también la esencia divina del hombre». Para Rosenberg, la «sangre nórdica» triunfaba por fin y reemplazaría «los antiguos sacramentos».

CAPÍTULO 8

LENIN TRABAJÓ AQUÍ

Cuando el ERR tomó la oficina en el 45 de La Bruyère en el verano de 1940, la mayor parte de la colección judía más importante de Francia estaba intacta. Al igual que sucedió con el IISG de Ámsterdam, el ERR también se apoderó de los locales de la organización y, en agosto de 1940, la biblioteca de La Bruyère estaba empaquetada en cajas listas para enviarlas a Alemania. La mayor parte se mandó al Institut zur Erforschung der Judenfrage en Fráncfort. Los estantes vacíos de la biblioteca de la Alliance Israélite Universelle pronto se llenaron de otras colecciones saqueadas, ya que el ERR comenzó a utilizarla como depósito de libros.

En septiembre de 1940, después de siete semanas de expolio, Alfred Rosenberg afirmó satisfecho en un informe que había caído en sus manos un cuantioso botín en París. Entre otros artículos, el ERR confiscó una serie de valiosas bibliotecas pertenecientes a miembros de la familia francesa Rothschild.³ Aún más valiosa fue la incautación que se realizó en el famoso banco parisino Rothschild Frères, uno de los más grandes del mundo desde hacía cien años. El enorme archivo del banco llenó más de 760 cajas. Desde una perspectiva nazi, esa documentación no tenía precio para la «investigación» de las redes del capitalismo judío mundial. Además, robaron las bibliotecas de destacados intelectuales judíos como Léon Blum, Georges Mandel, Louise Weiss e Ida Rubinstein. Muchas tenían un gran valor histórico y cultural, con primeras ediciones con dedicatorias personales de Marcel Proust, Salvador Dalí, André Gide, André Malraux, Paul Valéry y Wanda Landowska.

Se llevaron 10 000 libros de la escuela rabínica École Rabbinique, en París, que incluía una valiosa colección de talmudes, y 4000 de la Fédération des Sociétés Juives. También saquearon las sinagogas y las librerías judías; por ejemplo, a la librería Lipschutz le arrebataron todas sus existencias: 20 000 libros.

Solo un puñado de colecciones escapó de los saqueadores; es el caso de la pequeña biblioteca yidis de la Bibliothèque Medem, fundada por inmigrantes judíos de Europa del Este. La Gestapo no consiguió encontrar el sótano donde estaban escondidos los libros. Es un pobre consuelo, ya que esa biblioteca solo contaba con unos 3000 volúmenes.⁵ El saqueo en Francia fue incalculable; se estima que el ERR se apoderó de las 723 bibliotecas más grandes que contenían más de 1,7 millones de libros. El número aumentó de forma dramática una vez que el ERR instigó su M-Aktion en Francia y expolió las casas de los judíos que habían huido o habían sido deportados. Solo en París se vaciaron 29 000, las pertenencias se empaquetaron y se enviaron en trenes al este.

Había algo extraordinariamente malévolo en este barrido y expurgo sistemáticos de la existencia del pueblo judío en Europa. Todas las pertenencias personales dejadas atrás –cartas, álbumes de fotos y notas– fueron confiscadas, dispersadas, quemadas o destruidas en fábricas de papel. Después de vaciar las casas, los nuevos propietarios se mudaron a ellas. Era como si los judíos que habían vivido allí –sus vidas, recuerdos y pensamientos– nunca hubieran existido.

No está claro cuántas bibliotecas y libros se confiscaron con el M-Aktion, pero seguramente fueron millones. La operación fue de tal envergadura que se hizo necesario establecer tres estaciones de procesamiento, atendidas por trabajadores forzados, para clasificar, reparar y cargar los bienes. A una de ellas, situada en un almacén del XIII distrito de París, los alemanes la denominaron Lager Austerlitz, pero los prisioneros preferían llamarla «Galeries Austerlitz», una alusión irónica los lujosos almacenes Galeries Lafayette.⁸ El trabajo de clasificación de las propiedades robadas continuó hasta el momento en que las tropas aliadas occidentales se acercaron a París en agosto de 1944.

CAPÍTULO 11

LA FOSA COMÚN ES UNA FÁBRICA DE PAPEL

La única esperanza del grupo, que más tarde fue conocido en el gueto como la Brigada del Papel, fue que, a pesar de todo, estaban salvando su herencia literaria. Pronto empezaron a llegar libros de las sinagogas y también una valiosa colección de la escuela de Elijah ben Shlomo Zalman.

El trabajo fue tan fructífero que el ERR pronto amplió sus operaciones. En la primavera de 1942 se instaló

una segunda estación de clasificación en el Instituto YIVO, en Vivulskio gatvé número 18. La Brigada del Papel creció hasta algo más de cuarenta personas. Entre ellas se encontraba el poeta Abraham Sutzkever, de treinta años. Con sus gafas de montura negra, su importancia intelectual y su creencia casi religiosa en el poder del lenguaje, se había convertido en la figura destacada de la generación más joven de poetas en yidis del grupo Yung Vilne.



Los poetas yidis Shmerke Kaczerginski y Abraham Sutzkever, miembros del grupo Yung Vilne, antes de la guerra. Ambos fueron a trabajar a la Brigada del Papel en el gueto judío de Vilna. Wikimedia Commons.

El ERR también envió a los dos centros de clasificación los fondos de las bibliotecas judías de las ciudades y aldeas cercanas e inspeccionó con celo el trabajo: «Al igual que con el Holocausto, se llevaron registros minuciosos de la destrucción de libros judíos, con informes que se enviaban cada dos semanas e incluían estadísticas de cuántos ejemplares se mandaban a Alemania y cuántos a la fábrica de papel, con los libros divididos por idioma y año de publicación», escribe el historiador David E. Fishman.

La Brigada del Papel no podía salvar más libros al permitir que los menos valiosos pasaran el proceso de selección porque el ERR había impuesto unas cuotas es-

pecíficas y había que acabar con alrededor de dos tercios del total. Kruk escribió en su diario que la labor era «desgarradora» y los miembros del grupo tenían lágrimas en los ojos mientras trabajaban: «El YIVO está muriendo y su fosa común es la fábrica de papel». Sutzkever describe la labor en *Vivulskio gatvé*, 18 como «un Ponar para nuestra cultura judía». Vigilados por los guardias alemanes, «estamos cavando la tumba de nuestras almas».

Pero, desde el principio, los miembros de la Brigada del Papel trataron de encontrar la manera de oponer resistencia. Una de ellas era mediante la pasividad: tan pronto como los alemanes abandonaban el edificio, dejaban la tarea. Sutzkever, que trabajaba en el edificio del YIVO, leía poesía en yidis. Varios de los miembros continuaron escribiendo poesía, tesis y diarios en el gueto. Para Sutzkever, era una cuestión de supervivencia: «Pensé que, igual que un judío atento cree en el Mesías, mientras escribiera y fuera un poeta, contaba con un arma contra la muerte».

Pronto la Brigada del Papel pasó a una resistencia más activa mediante la sustracción de obras de valor. Al final de su jornada laboral, antes de ser devueltos al gueto, Sutzkever y otros miembros de la brigada escondían manuscritos entre la ropa. Los días que los guardias pertenecían a la policía judía del gueto era menos arriesgado. Muy conscientes de lo que estaba pasando, fueron ellos quienes dieron nombre al grupo: la Brigada del Papel eran guerreros del papel, que arriesgaban sus propias vidas para introducir de contrabando un documento tras otro en el gueto. «Otros judíos nos miraban como si estuviéramos locos. Ellos metían comida en el gueto en la ropa y las botas, pero nosotros pasábamos libros, papeles y a veces una Torá», escribió uno de los miembros del grupo.⁴⁸ Sutzkever, el contrabandista más activo, logró sacar, entre otros artículos, un diario que había pertenecido al padre del sionismo, Theodor Herzl. También fue idea suya pedir permiso a los alemanes para llevarse «papel de desecho»; los convenció de que era para quemarlo en las estufas.

Gracias a ese permiso se salvaron varios «desechos», como cartas y manuscritos de Tolstói, Gorki y Elijahu ben Shlomó Zalman, así como dibujos de Chagall.

CAPÍTULO 15 UN LIBRO VUELVE A CASA

Delante de mí hay un volumen cuyo rastro se perdió en Auschwitz hace mucho tiempo. Un librito verde oliva con un pequeño relieve dorado: una guadaña delante de una gavilla de trigo. Ya estaba en el estante detrás del escritorio de Finsterwalder la última vez que estuve aquí. Su título es *Recht, Staat und Gesellschaft* [Derecho, estado y sociedad]. Fue escrito por el político conservador Georg von Hertling, canciller de Baviera en el turbulento periodo del final de la Primera Guerra Mundial. En el interior de las pastas, en

la portada, hay un *ex libris* sencillo: un marco alrededor de un nombre: Richard Kobrak. En la esquina superior derecha, alguien, probablemente el mismo Kobrak, escribió el nombre a lápiz. Como en muchos otros ejemplares de la Zentral- und Landesbibliothek, es difícil decir de dónde procede este libro.

«Es bastante complicado. Lo encontramos hace unos años; llegó a la biblioteca alrededor de 1950», dice Finsterwalder, sacando un catálogo en que hay unos



Después de una larga espera, Christine Ellse, en Cannock, cerca de Birmingham, sostiene por fin el libro de su abuelo. Es la única posesión recuperada de Richard Kobrak.

1000 libros clasificados. Todos proceden de la misma fuente, una persona llamada Dombrowski. «Es una curiosa colección. Hay muchos libros robados aquí, pero otros que no, porque se imprimieron después de la guerra. No sabemos de dónde han salido. Dombrowski sueña polaco, pero no era un nombre raro en Alemania. Había un Dombrowski vinculado a la Gestapo; puede que fuera él».

La biblioteca comenzó a introducir los libros en el catálogo en 1958. «Así es como encontramos la mayoría de estos libros. Pero es curioso que esta colección tenga su propio catálogo. No se hacía así normalmente», dice Finsterwalder y pasa las páginas hasta que llega al número 766, el libro de Richard Kobrak. «Estos números todavía están en uso, así que, gracias a este catálogo, pude recorrer las estanterías y encontrarlos. La mayoría seguía aquí. Empecé a examinarlos y a buscar señales de los propietarios. Procedían de muchas colecciones diferentes fragmentadas antes y durante la guerra. Luego fotografié los libros y los puse en nuestra base de datos pública. El libro de Kobrak es uno de

ellos». Algunos de los ejemplares que se han encontrado en la Zentral- und Landesbibliothek pertenecían a personas y bibliotecas célebres. En el estante, hay algunos libros del mundialmente famoso pianista Arthur Rubinstein, como una colección de sonetos con la dedicatoria personal del poeta brasileño Ronald de Carvalho. Pero la mayoría de los libros era propiedad de gente corriente.

La búsqueda del nombre de Richard Kobrak en varios archivos no revela demasiada información. En un archivo genealógico encuentro una breve mención: «El Dr. Richard Kobrak nació en 1890. Durante la guerra fue deportado en el transporte I/90 de Berlín a Theresienstadt el 18/03/1943. Luego fue deportado en el transporte Er de Theresienstadt a Auschwitz el 16/10/1944. El Dr. Kobrak perdió la vida en la Shoá».

Gracias a la horrible, seca y escrupulosa burocracia nazi, sabemos más de las matrículas de los trenes que de la persona deportada. Meros números para designar a un individuo entre los millones que son transportados a su muerte. Es habitual que no haya nada más.

La inmensa cantidad de libros saqueados hace imposible que Finsterwalder y sus colegas profundicen. «A veces buscamos activamente a los propietarios, pero normalmente los ponemos en la base de datos y esperamos que alguien los encuentre, si hay descendientes», dice. Pero un mes después de mi primera visita a la biblioteca, en junio de 2014, de repente, recibió un correo electrónico. Alguien había encontrado el libro número 766 que introdujo Finsterwalder en la base de datos. El mensaje venía del otro lado del mundo, de una científica que estudiaba la fiebre del dengue en Hawái. No era descendiente del propietario, pero creía que lo conocía. Estaba casada con otra rama de la familia Kobrak, la de un hermano de Richard Kobrak, que había emigrado de la Alemania nazi en la década de 1930. Finsterwalder me cuenta que le llegó otro correo electrónico de Inglaterra, de una mujer llamada Christine Ellse; decía ser la nieta de Richard Kobrak.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

